

Lingüística y filología en esta revista

Los editores

INTRODUCCIÓN

Conviene recordar que hasta mediados del siglo XIX se empleaba la palabra *filología* para designar el conocimiento y estudio de todo lo que abarca el lenguaje. Se incluía así también en ella lo que hoy se connota con el concepto de lingüística. Éste fue introducido para nombrar una ciencia diferente hacia mediados del siglo XIX.

Poco a poco filología y lingüística se separaron entonces como dos ramas del saber. Por una parte estuvo la filología, entendida como el estudio de los textos, principalmente de la antigüedad, en cuanto a su fijación crítica, valoración y distintas formas de anotación. Por otra parte, la lingüística abarcó lo tocante al lenguaje en todos sus aspectos, desde el aparato fónico y la fonología, su carácter simbolizante, su morfología, estructura, semántica, tronco y familias a que pertenece, así como temas afines, entre ellos la etimología, las toponimias y, desde luego, también su evolución y desarrollo a través del tiempo.

Puede afirmarse que, en líneas generales, en esta revista se ha tomado en cuenta la distinción a la que hemos hecho referencia. Y cabe añadir que, en el caso de algunos artículos, como ocurre también en otros trabajos publicados en diversos libros y revistas, son frecuentes los estudios en los que filología y lingüística de varias formas convergen. Ello sobre todo se presenta cuando el enfoque filológico comprende aspectos lingüísticos de un texto generalmente antiguo y tenido como clásico. Con esta forma de señalamiento, pasamos ya a ocuparnos de las aportaciones lingüísticas y filológicas aparecidas en *Estudios de Cultura Náhuatl*.

INCLUSIÓN DE ESTOS GÉNEROS DE ESTUDIOS DESDE LOS PRIMEROS VOLÚMENES DE ESTA REVISTA

Ya desde los dos primeros volúmenes de *Estudios de Cultura Náhuatl*, aparecidos en 1959 y en el año siguiente, se incluyeron artículos con enfoques tanto lingüísticos como filológicos. Ello fue natural puesto que el estudio de una cultura abarca necesariamente lo tocante a la lengua de quienes participan

en ella y asimismo los textos antiguos que constituyen uno de sus legados más preciosos.

En el primer volumen hay un artículo de Charles E. Dibble, 1,¹ que versa sobre los nombres de las partes del cuerpo en náhuatl. Su interés se deriva del hecho de que no existe correspondencia exacta entre aquello que connotan los vocablos nahuas referidos a las partes del cuerpo, si se comparan con los equivalentes en lengua española. También de interés lingüístico es la aportación de Ignacio Dávila Garibi, 1, sobre la influencia del náhuatl en el uso y abuso del diminutivo en el español de México.

En cuanto a las aportaciones de carácter filológico incluidas en ese primer volumen hay una de considerable interés, debida a Ernest J. Burrus, 1, titulada “Clavigero and the lost Sigüenza y Gongora Manuscripts” (“Clavijero y los manuscritos perdidos de Sigüenza y Góngora”). Este trabajo arroja considerable luz sobre la historia de la temprana documentación en náhuatl a la que tuvo acceso Clavijero hallándose todavía en México.

La traducción y comentario de un texto recogido por fray Bernardino de Sahagún, “La historia del Tohuenyo”, con comentario y análisis de algunos términos incluidos en el texto náhuatl, son también aportación de carácter filológico debida a Miguel León-Portilla, 1.

Asimismo en el segundo volumen aparecieron varios trabajos que pueden calificarse de lingüísticos y otros de filológicos. Entre los primeros está uno de Fernando Anaya Monroy, 2, sobre la existencia de topónimos que incluyen alusiones a la cultura espiritual prehispánica. En el campo de los nahuatlismos se sitúa otro trabajo de Miguel León-Portilla, 2, sobre la existencia de préstamos nahuas en el español de Filipinas.

Arthur J. O. Anderson, 2, es autor de un artículo de carácter filológico sobre los textos nahuas de Sahagún como documentos indigenistas.

Es de interés notar que en el mismo segundo volumen hay aportaciones de varios estudiantes del Seminario de Cultura Náhuatl, entre ellas una de Alfredo López Austin, 2, titulada “Los caminos de los muertos”, en que analiza un texto en náhuatl, con traducción y notas. Otro texto en náhuatl traducido y anotado, debido a la recopilación de fray Bernardino, sobre el origen del maíz, fue preparado por Selma E. Anderson, 2.

No siendo posible hacer referencia a todas las aportaciones que con tales enfoques, lingüístico o filológico, se incluyen en estos *Estudios*, haremos una selección aludiendo a los más representativos.

1 Los números en cursivas indican el volumen de *Estudios de Cultura Náhuatl* en el que aparece el correspondiente artículo.

Dos gramáticas del náhuatl clásico, la debida a Rémi Siméon, traducida y adaptada por Enrique Torroella, 3, y la de Rafael Sandoval, 5, en edición dispuesta por Alfredo López Austin, fueron dos aportaciones de carácter lingüístico que posteriormente aparecieron en edición aparte dentro de la Serie de Monografías publicada por el Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM.

De los siguientes volúmenes, el IV merece especial consideración, pues está dedicado en homenaje a Ángel María Garibay. También en él hubo aportaciones lingüísticas y filológicas. Entre las primeras hay una de Ignacio Dávila Garibi, 4, sobre un intento de clasificación de los verbos nahuas en grupos afines, así como un trabajo de Charles E. Dibble, 4, sobre glifos fonéticos en el *Códice florentino*.

APORTACIONES DE CARÁCTER FUNDAMENTALMENTE LINGÜÍSTICO

Nuestra revista se ha enriquecido con buen número de estudios debidos a bien conocidos lingüistas y también a otros investigadores. Entre ellos está Rudolf van Zantwijk, 5 y 42, al que se debe un estudio sobre las tendencias puristas en el náhuatl del centro de México y otro acerca del futuro del náhuatl. Ángel María Garibay K., 6 y 7, preparó trabajos sobre anotaciones léxicas en un ejemplar del *Vocabulario* de fray Alonso de Molina en su edición de 1555, así como otro sobre frases y modos de hablar elegantes en una obra de fray Juan de Mijangos. Paralelamente, Thelma Sullivan, 4, que fue estudiante en el Seminario de Cultura Náhuatl, y colaboró en varias ocasiones en esta revista, entregó para ese mismo volumen un trabajo sobre los proverbios, adagios y metáforas reunidos por Sahagún.

En tanto que esas aportaciones se realizaron con un enfoque filológico y a la vez lingüístico, Pedro Carrasco, 6, se ocupó del registro de términos de parentesco en el náhuatl clásico.

Entre otros lingüistas están Karen Dakin, 11, 20, 23 y 26, que principalmente se ha ocupado de aspectos referentes a la evolución del náhuatl y a alternancias fonéticas en dicha lengua. Salomé Gutiérrez Morales, 28, lingüista hablante de la lengua popoluca, proporciona un interesante estudio sobre los préstamos del náhuatl al zoque. La investigadora danesa Una Canger, 14, 42 y 44, ha aportado artículos relacionados con la evolución de esta lengua. Valentín Peralta, 28 y 35, lingüista oriundo de la región de Tezcoco, se ha ocupado de las variantes que presenta el habla de esa área, lugar donde

aún tiene vigencia el náhuatl. Pilar Máynez, 22, 27, 28, 31 y 42, también lingüista, ha contribuido en lo tocante principalmente al estudio de aportaciones debidas a Ángel María Garibay y al análisis de vocablos nahuas incluidos en la versión española de la *Historia* de Sahagún. Otro tanto ha hecho el lingüista, lamentablemente ya fallecido, Ignacio Guzmán Betancourt, 20, 21, 23 y 33, que se ha ocupado de los trabajos de fray Andrés de Olmos y Juan Crisóstomo Nájera. Mercedes Montes de Oca, 39, ha hecho contribuciones en torno a los difrasismos en náhuatl.

Cristina Munzón, 18, y José Antonio Flores Farfán, 34, 42 y 45, han ahondado en algunas características del náhuatl de determinadas regiones. Librado Silva Galeana, 22, oriundo de Santa Ana Tlacotenco, en el Distrito Federal, asimismo lamentablemente fallecido, cuya lengua materna fue el náhuatl, hizo aportaciones, entre otras cosas, sobre la formación de los verbos reverenciales en la región de Milpa Alta. Coterráneo del mismo, Francisco Morales Baranda, 35 y 39, cuya lengua materna es también el náhuatl, ha hecho varias aportaciones, entre ellas algunas de contenido lingüístico.

LOS NAHUATLISMOS

El tema de los nahuatlismos también ha estado presente. Ello se debe sobre todo a Ascensión Hernández de León-Portilla, 18, 39, 41 y 46, que ha ahondado en vocablos como *nahuatlato* y *chocolatl*; Carmen Aguilera, Miguel León-Portilla, 2, y J. Ignacio Dávila Garibi, 7, han entregado también a esta revista otros estudios referidos a nahuatlismos. Tal es el estudio de Pilar Máynez, 31, sobre los nahuatlismos “chamaco, chilpayate y escuinle”.

LA TOPONIMIA

Extensa es la toponimia existente en náhuatl, incluso en regiones como Oaxaca, Chiapas y Guatemala, donde la población hablante de esta lengua no fue muy numerosa. Entre los estudios que han versado sobre este tema están los de Ascensión Hernández de León-Portilla, 18, sobre el temprano registro de algunos topónimos nahuas. También hay un trabajo de Hervé Monterrosa y Edgar Pineda, 37, a propósito de la toponimia de Tenanco, Texcopalco, Tepopolla y Acxotlan Calnáhuac Cochtocan; Miguel León-Portilla, 15, ha indagado en la representación glífica y la morfología de la toponimia náhuatl.

ESTUDIOS DE CARÁCTER FILOLÓGICO EN TORNO A LOS TEXTOS SAHAGUNENSES

Son muy numerosos los relacionados con fray Bernardino de Sahagún y el conjunto de sus aportaciones con textos en náhuatl. Tales trabajos se deben a Ángel María Garibay, Miguel León-Portilla, 5, 14, 21, 29 y 37, y Alfredo López Austin, 10, 11 y 42. A León Portilla se debe el titulado “De la oralidad y los códices a la *Historia general* de Sahagún”; de López Austin la presentación de la paleografía, traducción y notas de textos recogidos por este fraile sobre las partes del cuerpo, medicina y enfermedades en el mundo náhuatl. López Austin reconstruye también los cuestionarios que dispuso este fraile; pudo obtener los textos de los libros de su *Historia*.

Otras contribuciones en torno a Sahagún se deben también a Arthur J. O. Anderson, 2, 20 y 29; Charles E. Dibble, 4, 9 y 29; Georges Baudot, 12, 13, 20 y 26; Thelma Sullivan, 4 y 14; María José García Quintana, sobre algunos *huehuehtlahtolli* recopilados por fray Bernardino, 8, 29, 31 y 35; Jaqueline de Durand Forest, 30; José Rubén Romero, 12 y 43; Francisco Morales Valerio, 26 y 32; Pilar Máynez, 28, 30 y 45; Patrick Johansson, 38, 40 y 42; Ascensión H. de León-Portilla, 29 y 31; Jorge Klor de Alva, 15; Danièle Dehouve, 33, y Louise Burkhart, 18 y 34.

La gama de las aportaciones de estos investigadores comprende traducciones de textos reunidos por Sahagún, con paleografía y traducción al español, introducción y notas. En otros casos son estudios sobre el método adoptado por Sahagún en sus pesquisas y concernientes a la valoración y significado de lo allegado por él. Puede decirse que en los referidos estudios los enfoques de la filología y la lingüística convergen.

LOS HUEHUEHTLAHTOLLI

En el rico campo de los *huehuetlahtolli*, la antigua palabra de los sabios nahuas, la cosecha de aportaciones no sólo derivada de Sahagún sino también de fray Andrés de Olmos es grande. Entre otros se deben a Georges Baudot, 13 y 15; María José García Quintana, 12; Miguel León-Portilla, 37 y 46; Thelma Sullivan, 4 y 5. Frances Karttunen y James Lockhart, 18, prepararon una revisión de los *huehuehtlatolli*, conservados en la Biblioteca Bancroft, textos que anteriormente había publicado Ángel María Garibay.

LOS CANTARES MEXICANOS

Valiosos en sí mismos y también como fuente para ahondar en el pensamiento y la sensibilidad de los nahuas, los *cantares mexicanos* también han recibido atención.

Ángel María Garibay, 5, y Miguel León-Portilla, 6, han presentado a algunos *cuicapicque*, forjadores de cantos, con poemas que se les adjudican en los manuscritos. Frances Karttunen y James Lockhart, 14, han estudiado las estructuras de la poesía náhuatl vistas por sus variantes. Patrick Johansson, 38, ha investigado acerca de los atributos semánticos y contextuales en que se entonaban estos cantos. Asimismo hay contribuciones de José Rubén Romero, 43.

LOS TEXTOS CRISTIANOS EN NÁHUATL

Una nueva forma de literatura se produjo con la presencia y actuación de los frailes misioneros. Y si es verdad que, al escribir en náhuatl, contaron con el auxilio principalmente de sus discípulos nahuas, también es cierto que, sobre todo por el contenido y enfoque de las composiciones religiosas cristianas, se produjo una nueva forma de literatura. Ella ha sido objeto de varios estudios en esta revista.

Entre quienes se han interesado en ella se hallan Arthur J. O. Anderson, 20, que además ha publicado en la Serie de Monografías varios textos debidos a Bernardino de Sahagún. José Antonio Flores Farfán, 45, ha destacado la variedad misionera del náhuatl en el caso de Alonso de Molina. A su vez, Pilar Máynez, 35, se ha fijado en un texto sobre la Pasión de Cristo en esta lengua y Louise Burkhart, 18, en un *tlaculauicatl* o canto de lamento recogido por Sahagún. Vivian Díaz Valsera, 39, ha subrayado la significación de las composiciones para ser representadas como la referente a la Conquista de Jerusalén. Y entre las aportaciones más recientes, hay una de Mario Alberto Sánchez Aguilera, 48, referida a un sermón de fray Bernardino.

De tema muy cercano son los trabajos de Pilar Máynez, 37, acerca del proyecto lexicográfico de los frailes españoles. Francisco Morales O. F. M., 32, ha analizando el *Libro de los Coloquios*; Georges Baudot, 15, los *huehuehtlahtolli* como medio de cristianización, y Barry D. Sell y Larissa Taylor, 26, un sermón en náhuatl del jesuita Juan de Tovar.

El elenco de trabajos referidos a textos preparados por los frailes es numeroso. Entre otros están los de Berenice Alcántara, 36 y 46, acerca de

traducciones y otros escritos de fray Alonso de Molina y sobre un *exemplum* en náhuatl de fray Juan Bautista.

CARTAS TESTAMENTOS Y OTROS ESCRITOS EN NÁHUATL DE LOS SIGLOS XVI Y XVII

El náhuatl tuvo gran vigencia como medio de comunicación en diversos contextos culturales de la Nueva España.

Se debe a Miguel León-Portilla, 24, 25 32, 48 y 49, la publicación de varias cartas de indígenas a autoridades locales y también virreinales y aun al rey. Algunas provienen de lugares apartados del centro del país, como Tabasco, Guatemala o Jalisco; también testamentos del siglo XVI. Una muestra la ofrece el testamento del discípulo de Sahagún, Alonso Begerano, documento localizado por Baltazar Brito Guadarrama.

Ascensión H. de León-Portilla, 31, ha editado cartas de escribanos nahuas que laboraban entre los indígenas mames de Chiapas en el siglo XVI. Debe citarse también la aportación de Barry D. Seller y Susan Kellog, 26, sobre ordenanzas reales en náhuatl de mediados del siglo XVI.

LA ESTILÍSTICA DEL NÁHUATL

Hans Preem, 27; Frances Karttunen y James Lockhart, 14; Miguel León Portilla, 16; José Rubén Romero, 12 y 13; Patrick Johansson, 38 y 39, y Gabriel Kenrik Kruell, 45, se han ocupado de aspectos estilísticos y semánticos en diversos textos clásicos, entre ellos los *Cantares mexicanos* y las obras de autores como Chimalpáhin, Hernando Alvarado Tezozómoc y otros.

PUBLICACIONES RELACIONADAS CON CÓDICES DEL ÁMBITO NÁHUATL

Como conclusión, notaremos que han aparecido asimismo en estos *Estudios* aportaciones referidas a códices acompañadas de textos en náhuatl o provenientes de ese ámbito cultural.

Los códices son documentos portadores de una gama muy amplia de conocimientos: sagrados, históricos, genealógicos, calendáricos, astrológicos, de tributos, odográficos, es decir referidos a peregrinaciones, y de otros varios

temas. Se deben estas contribuciones a Manuel Carrera Stampa, 5, que preparó una introducción general a ellos. Entre otros investigadores se hallan asimismo José Alcina Franch, 2, que publicó por vez primera un códice que se conserva en el Museo del Ejército en Madrid; Christopher Couch, 17, quien escribió acerca de los glifos con imágenes de los macehuales en el *Códice borbónico*; Miguel León Portilla, 9, que se ocupó del *Códice de Coyoacán*; Alexander F. Christensen, 27, sobre el *Códice de Coyotepec*; Rodrigo Martínez Baracs, 34, acerca del Tepeyac en el *Códice de Tlatelolco*; Gordon Brotherson, 20, sobre el *Lienzo de Tlaxcala*; Arthur J. O. Anderson, 5, en torno a la página 10 del *Códice Xólotl*; Elizabeth Jiménez García, 21, sobre imágenes rituales en el *Códice Azoyú 1*; Hans J. Prem, 13, acerca de las partes calendáricas del *Codex mexicanus*; Juan José Batalla Rosado, 40, en torno al *Códice Santa Cruz Tlaxcala 1*; David Charles Wright, 42, sobre presuntas representaciones translingüísticas de difrasismos en algunos códices; Davide Domenici y Laura Laurencich, 47, acerca del origen y destino del *Códice Cospi*; Ana Díaz Álvarez, 48, quien hace una relectura de las láminas 53-54 del *Códice Borgia*, y Patrick Johansson, 39, que se ocupa de la *Tira de la peregrinación*.

A MODO DE CONCLUSIÓN

Como puede verse, es muy copioso el conjunto de estudios de tema lingüístico y filológico aquí incluidos. Como ya lo dijimos, en cualquier acercamiento a la cultura de un pueblo es de suma importancia tomar en cuenta los textos que se conservan provenientes del mismo, así como los análisis referentes a la lengua.

Es cierto que, en el caso de la cultura náhuatl, convergen de diversas formas los enfoques arqueológicos, históricos, etnológicos, literarios, lingüísticos y filológicos. A la luz de todos ellos, el propósito ha sido alcanzar un mejor acercamiento a la riqueza del mundo náhuatl. Esto lo muestra otro artículo aquí incluido sobre los escritores modernos en dicha lengua que así mantienen viva una tradición de muchos siglos.

Los estudios del arte náhuatl

Eduardo Matos Moctezuma

Cuando los *Estudios de Cultura Náhuatl* abrieron sus páginas por primera vez allá por 1959, entre los postulados que marcaban el derrotero de la publicación se decía en el “Proemio” por parte del padre Ángel María Garibay Kintana que la cultura náhuatl tenía tres fases. La primera la caracterizaba como la existencia de la misma independiente “de todo influjo de pueblos europeos”. La segunda consistía en la reacción ante la invasión de una cultura extraña, y la tercera en la supervivencia —“y a pesar”—, agrega don Ángel María Garibay, de la cultura impuesta. Con ello se abrían las puertas a múltiples presencias emanadas del legado que los pueblos nahuas habían dejado en el pasado y también en la actualidad. De todos ellos, las expresiones artísticas son una de las esencias fundamentales del poder creador del hombre que de muchas maneras dejaba su impronta en su concepción del universo y a través del lenguaje por medio de la literatura; en la maleabilidad del barro; en los vértices arquitectónicos; en el muro hecho color y en muchas cosas más. Diversos son, pues, los caminos por los que el artista nahua transitó para darnos sus obras, las que, una vez analizadas por el especialista, nos dicen de la manera de transformar el universo circundante para convertirlo en esencia a través de arcanos insondables que caracterizan el devenir de un pueblo.

En lo referente a las expresiones estéticas, Justino Fernández con sobrada razón comenta lo siguiente en el artículo que publica en el primer volumen de la revista:

No es por el lado de semejanzas o diferencias con el arte clásico griego y romano como debe juzgarse de la calidad artística de las obras escultóricas del antiguo mundo mexicano, puesto que se trata de ideales y expresiones distintos que deben ser considerados por sus valores estéticos propios (p. 31).

Sabias palabras que marcan una directriz para quienes se dedican al estudio y análisis de las obras artísticas del pasado y del presente. Para indagar acerca de estas expresiones fue necesario acudir como singular apoyo a los índices que prepararon el doctor Víctor Castillo Farreras y el maestro Roberto Moreno de los Arcos en lo referente a los primeros diez volúmenes

de *Estudios de Cultura Náhuatl*, y los subsecuentes números, del 11 al 20, dispuestos por la doctora Ascensión H. de León Portilla. De este primer acercamiento pasamos a revisar los 49 volúmenes editados hasta el momento para conocer del contenido de los artículos que de arte tratan. Cabe advertir que muchos trabajos, aunque referidos a otros temas, pueden guardar alguna relación con las expresiones artísticas, pero nuestra intención es comentar solamente algunos de ellos, a manera de ejemplo, cuyo motivo central es el de la estética.

Ya nos advierte el doctor Miguel León-Portilla en el prefacio de la compilación hecha de los volúmenes I a X que “Estudios de contenido estético sobre el arte náhuatl son los de Justino Fernández, Jorge Alberto Manrique, Samuel Martí y Josefina Fernández Barrera” (p. 6). Precisamente en el volumen I contamos con el aporte del historiador del arte Justino Fernández titulado “Una aproximación a Xochipilli”, en la que el investigador profundiza en esta escultura que representa a la deidad sentada y con el cuerpo adornado de flores. Algo que atrae su atención es la máscara que cubre el rostro del personaje y que el autor relaciona con la tierra (p. 31-41).

En el volumen II, editado en 1960, Samuel Martí nos brinda su trabajo “Simbolismo de los colores, deidades, números y rumbos” (p. 93-127) en el que atiende estos temas viendo la importancia del color en todos ellos y es una interesante aproximación a un mundo en donde todos estos aspectos están íntimamente unidos. Los dibujos, por cierto, son de Abel Mendoza, artista que pintó el pasado prehispánico. También se cuenta con la colaboración de Jorge Alberto Manrique, quien nos da “Introducir a la divinidad en las cosas: finalidad del arte náhuatl” (p. 197-207), en donde el autor presenta tres textos, mismos que analiza para decirnos:

Un análisis general de los tres textos presentados permite inmediatamente advertir que van más allá del concepto de simple artesano y que, en varias partes, hay ideas que se refieren a un artista en la amplia acepción de la palabra; como un creador consciente de la obra que está realizando, y justamente cifran su calidad de artista no sólo en la perfección y el cuidado que ponen en el objeto que fabrican, cualquiera que sea, sino en esa conciencia de creadores, en esa posibilidad de poner algo suyo y algo de la divinidad en los objetos, y darles así una categoría superior (p. 201-202).

Y de aquí pasamos al volumen IV publicado en 1963 y dedicado al padre Garibay con motivo de su muerte, en donde una vez más vemos la colabo-

ración de Justino Fernández en la que hace “Una aproximación a Coyolxauhqui” (p. 37-53). Después de describir la famosa cabeza decapitada de diorita encontrada en las primeras décadas del siglo XIX en el centro de la ciudad de México, ya para concluir nos dice lo siguiente: “En su aparente serenidad, Coyolxauhqui expresa la belleza trágica que la cultura náhuatl supo llevar a los más altos niveles”. Aquí, el estudioso logra captar, en efecto, esa “belleza trágica” que se expresa en el rostro de la figura de la diosa muerta por su hermano Huitzilopochtli en singular combate en el cerro de Coatepec. Muchas veces me he preguntado cuál hubiera sido la opinión de don Justino ante la figura de cuerpo entero, decapitada y desmembrada, de la Coyolxauhqui del Templo Mayor encontrada en 1978. La muerte del mismo investigador en diciembre de 1972 nos impidió conocer su parecer.

El volumen V (1965) incluye el trabajo de Josefina Hernández Barrera “El arte textil entre los nahuas” (p. 143-152), en donde se hace ver que también en la elaboración de vestimenta y en otros aparejos las hilanderas dejaron fuerte huella desde la perspectiva estética. Una enumeración de los pasos para crear estas prendas y la captación de la riqueza expresiva de las mismas son llevadas a cabo por la autora agregando así un material que, como éste, llamó la atención de los españoles cuando visitaron el palacio de Moctezuma y observaron a las tejedoras elaborando atavíos para el tlatoani.

Una vez más tenemos la presencia de Justino Fernández cuando trata acerca de “El Mictlán de Coatlicue” (p. 47-53) en el volumen VI publicado en 1966. Interesantes resultan las observaciones de quien nos había dado con profusión de detalles las características de la madre de los dioses en su célebre ensayo *Coatlicue: estética del arte indígena antiguo*, editado en 1954.

Y de aquí damos un gran salto hasta el volumen 17 en donde se cuenta con un artículo de la doctora Esther Pasztory, estudiosa del arte mesoamericano, titulado “El arte mexica y la conquista española” (p. 101-104). Cuatro esculturas son motivo de su atención: la efigie de Moctezuma II labrada en una roca en Chapultepec; la caja de piedra verde; una de las ataduras de los años y la estatua de Stuttgart. La autora observa que las cuatro piezas guardan relación entre Quetzalcóatl y el tlatoani y considera que todas ellas fueron elaboradas en años cercanos a la conquista peninsular.

El volumen 19 llama la atención pues en la sección de reseñas hay una de ellas escrita por el doctor León-Portilla sobre el libro *Crónica en barro y piedra. Arte prehispánico en la colección Sáenz*, de la autoría de Jacqueline Larralde de Sáenz. Esta obra fue editada por el Instituto de Investigaciones Estéticas de la UNAM en 1987.

Un estudio interesante aparece en el volumen 22 (1992) con el tema “Peintures faciales de la femme mexicana” de Edith Galdemar, en donde pone especial atención en las diversas manifestaciones de lo que atañe a los cosméticos empleados por las mujeres, su proveniencia y características. Destaca el uso de pinturas de origen animal, vegetal y mineral en determinado tipo de mujeres. Lo incluyo en este apartado por referirse al uso de colores especialmente faciales pues guardaban un simbolismo específico aunque no se trate, en sentido estricto, de obras de otro tipo.

El volumen 36 es portador de un interesante trabajo titulado “Línea y color en Tenochtitlan, escultura policromada y pintura mural en el recinto sagrado de la capital mexicana” (p. 15-45), de la autoría de Leonardo López Luján, Giacomo Chiari, Alfredo López Austin y Fernando Carrizosa. Los autores tratan acerca del estudio del color, el estudio de la técnica empleada y plantean el definir el estilo pictórico mexicana al comparar diversas expresiones de otros tantos sitios aztecas. La paleta del mexicana —nos dicen los autores— se centraba alrededor de los colores rojo, ocre, azul, blanco y negro. Muy importante resulta la utilización de diversas técnicas de laboratorio para determinar las propiedades de los colores a la vez que se acude a la documentación escrita para aclarar lo que a ellos se refiere. Considero que este escrito marca un parteaguas con otros trabajos que atienden lo relativo al arte, pues proporciona buena cantidad de datos que bien puede aprovechar el estudioso del arte antiguo en sus aproximaciones al tema.

“Un excepcional mosaico de plumaria azteca: el tapacáliz del Museo Nacional de Antropología”: con este título unen esfuerzos una restauradora, un arqueólogo y una bióloga, para darnos en el número 38 (2007, p. 85-100) la historia, los ingredientes y otros aspectos de esta pieza única que forma parte del Museo Nacional de Antropología. Los autores (Laura Filloy, Felipe Solís y Lourdes Navarrijo) nos llevan a través de los avatares de esta pieza para pasar al estudio de la materia prima de la que hay que destacar el uso de la cera de abeja identificada en la Universidad Estatal de California en San Bernardino. Independientemente del exquisito arte de los amantecas plasmado en esta pieza del siglo XVI, los autores ponen hincapié en los diversos materiales empleados en su elaboración como fueron el algodón, la cera de abeja, el pato golondrino, el zanate mexicano, el tordo amarillo, la guacamaya y la cotinga azul, indicadores del aprovechamiento que se hizo de ecosistemas diferentes para obtener la materia prima utilizada.

En este mismo volumen tenemos la aportación de Miguel León-Portilla cuando se refiere a “La música en el universo de la cultura náhuatl” (p. 129-

163). En su escrito hace ver las propiedades de este arte desde su nacimiento ligado a los dioses: “De esta suerte la música fue también un regalo divino en el mundo náhuatl”, nos dice el editor de *Estudios de Cultura Náhuatl*, hasta la presencia de la música en restos arqueológicos, en los códices y en otras manifestaciones, además de su inseparable relación con cantos y poemas. Nos da algunos ejemplos de lo anterior como es el caso de este canto que dice así:

¡Que yo contemple
cómo están riendo las flautas de jade!
Con tambores floridos se llaman.
¿Acaso ellos, los príncipes,
los señores, hacen resonar,
agitan los atabales color de turquesa? (p. 157)

Los ejemplos que hemos visto nos dan una idea clara de los aportes que en materia del arte antiguo y moderno náhuatl han sido incluidos en *Estudios de Cultura Náhuatl*. No están aquí presentes algunos otros más que tocan aunque sea de manera colateral el tema de la estética, aunque viene a cuento señalar que en el campo de la literatura náhuatl muchos son los artículos que a ello se refieren pero no necesariamente desde la perspectiva del arte. Sin embargo, quiero comentar una percepción que salta a la vista: las primeras colaboraciones referidas al arte tratan de dar una idea del objeto o del tema estudiado en que el enfoque de la estética está plasmado, lo que va a cambiar en posteriores trabajos en donde más bien se acude a análisis que enriquecen el conocimiento de los materiales empleados, pero no tenemos estudios que los acompañen desde el punto de vista estético. Este fenómeno lo he visto patente en obras que, teniendo como punto central el estudio de murales (como los de Cacaxtla, por ejemplo), tratan de sus características desde varios aspectos pero en los que no hay, insisto, un análisis estético de los mismos. ¿Cosa de los tiempos en que vivimos en donde la tecnología ha logrado alcances insospechados siendo un aliado indispensable para mejor comprender la obra del hombre? No lo sé, pero sí percibo que los avances tecnológicos han venido a enriquecer, sin lugar a dudas, el conocimiento acerca de aspectos inmersos en las obras de arte, pero en cuanto a un análisis a fondo de lo propiamente estético en los estudios del arte antiguo, de la estética pasamos a la estática...

